



<https://doi.org/10.51438/25457055IyE80054>

Dossier Escritores e historiadores de provincia: flujos, intercambios, sociabilidades e imaginarios culturales entre el Centenario y la Argentina de entreguerras

Provincias y metrópoli¹

Provinces and metropolis

Carlos Altamirano ¹ tunita1910@gmail.com <https://orcid.org/0000-0002-1578-5811>

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad de Nacional de Quilmes

Resumen:

El artículo busca aportar un análisis del desarrollo de la idea relativa a las élites ilustradas de provincia en Buenos Aires y a la distinción entre escritor provinciano y escritor nacido en provincia. Para ello se estudia el cambio que conoce la actividad literaria entre fines del siglo XIX y los comienzos del XX.

Palabras claves: Carlos Ibarguren – Ricardo Rojas – Manuel Gálvez – Leopoldo Lugones

Abstract:

This paper aims to analyze the development of the idea of enlightened provincial elites in Buenos Aires and the distinction between provincial writers and writers born in the provinces. To this end, it examines the changes in literary activity between the late 19th and early 20th centuries.

Key words: Carlos Ibarguren – Ricardo Rojas – Manuel Gálvez – Leopoldo Lugones

Recibido en 06/10/2025

Aceptado en 13/10/2025



La doctora Beatriz Bragoni me invitó a hacer algunos comentarios al cierre de este iluminado dossier sobre escritores e historiadores de provincias. La amiga Bragoni tal vez pensó que mi condición de provinciano me hacía idóneo para el tema –un vaqueano, digamos–. Pero no es mi caso. Además, tiendo a creer que en las décadas que van del Centenario a los años de entreguerras, si bien era posible que un escritor de provincia se encontrara en su ciudad con un colega de otra provincia, lo más probable era que la gente de letras del interior se cruzara y se tratara, incluso hiciera amistad, en Buenos Aires. Voy a tirar del hilo de esta presunción.

Para eso retomo una cuestión que planteó hace unos años Ana Teresa Martínez. En un artículo que publicó en la revista *Prismas* ella se preguntaba qué era un intelectual de provincia. “¿Un intelectual que allí nació? ¿Vivió? ¿Por cuánto tiempo? ¿Cuál es el umbral a cruzar para volverse ‘nacional’? ¿Es Ricardo Rojas un intelectual de provincia? ¿Dejó de serlo Canal Feijóo cuando se trasladó a Buenos Aires?” (Teresa Martínez, 2013). Interesantes preguntas.

Desde mi punto de vista, cuando se aborda la cuestión de los intelectuales de provincia, de las actividades y publicaciones de la gente de letras del interior, hay un dato sobrentendido, un dato fuerte, aunque no se lo nombre: la gravitación de una ciudad que desde 1880 era además la capital del país, es decir, el centro político de la sociedad nacional. En *La historia que he vivido*, el salteño Carlos Ibarguren recuerda la emoción que experimentó cuando contaba apenas 5 años al llegar a la ciudad de Buenos Aires, a la que llama la “capital de mi patria” (Ibarguren, 1955, p. 22). Cuando escribió esa línea hacía mucho que ya sabía que las provincias y sus grupos dirigentes habían cumplido un decisivo papel en la federalización de la gran ciudad. Si ponemos la atención en 1910, el año del Centenario, se puede decir que para entonces Buenos Aires no sólo era por lejos la ciudad más grande del país ni únicamente su capital política: también era su metrópoli cultural.

Así, cuando la Argentina criolla fue quedando atrás también en el interior del país y el ejercicio de la escritura con fines literarios o historiográficos modernos comenzó a extenderse en las ciudades de provincia, la metrópoli, Buenos Aires, ya estaba allí. Ya estaba allí ese enorme escenario, de aire europeo, la “ciudad burguesa”, como llamó José Luis Romero a la urbe que había surgido de los cambios



experimentados en las últimas décadas del siglo XIX. ¿No había escrito Darío en 1896: “Buenos Aires: Cosmópolis”? (Darío, 1977). La capital, una ciudad cosmopolita. Por cierto, como lo ha mostrado Lilia Ana Bertoni, desde la última década del siglo XIX no hubo en la gran ciudad sólo talante cosmopolita. Lo que se ofrecía a la vista ya desde la última década del siglo XIX –el espectáculo de la Argentina aluvial –despertó en sectores de las élites cultivadas la preocupación por definir, defender e inculcar la identidad nacional, una personalidad colectiva que se percibía amenazada. Cosmopolitismo y nacionalismo coexistieron y se enfrentaron en la cultura intelectual argentina de aquel tiempo (Bertoni, 2001).

Permítanme dar un poco de desarrollo a esta idea relativa a las élites ilustradas de provincia en Buenos Aires y a la distinción entre escritor provinciano y escritor nacido en provincia. Comienzo por el cambio que conoce la actividad literaria entre fines del siglo XIX y los comienzos del XX. Valga aquí la observación sintética pero elocuente de Ricardo Rojas a propósito de su amigo escritor Emilio Becher:

Se matriculó en la Facultad de Derecho, por sugestión y sin vocación, porque en 1898, los bachilleres ignorábamos que existía en Buenos Aires una Facultad de Filosofía y Letras, la que recién nacida, era mirada con desdén por los demás doctores. Acaso, por este otro camino, su primer choque con la realidad habría sido menos duro, y tal vez su vocación habría hallado circunstancias más favorables para subsistir. A fines del siglo pasado, la labor literaria iba dejando de ser un esparcimiento de generales y doctores para convertirse en una profesión libre, o mejor dicho en misión esforzada. Para ella no se abría entonces sino los talleres del periodismo (Rojas, 1938, p. XXXVI).

Puede decirse que en la evocación de su amigo había algo también de sí mismo. Rojas había nacido en Tucumán y cursó la escuela primaria en Santiago del Estero, de donde su padre, un caudillo roquista, había sido gobernador. En 1889 se trasladó a la gran ciudad porteña para hacer los años del secundario en el Colegio Nacional de Buenos Aires. La idea, probablemente más familiar que propia, era la de proseguir su



formación en la Facultad de Derecho y alcanzar el título de abogado. Pero no va a tardar en dejar atrás el estudio de las leyes para dedicarse a la literatura, la prédica en favor del nacionalismo cultural y la cátedra de literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras.

En sus *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud*, otro escritor nacido también en provincia, Manuel Gálvez, va a afirmar igualmente que con su generación (que era la de Rojas), apareció en la Argentina el escritor profesional. Pero Gálvez no asociaba la profesionalización con el hecho de que el escritor pudiera ganarse la vida con su pluma, como los periodistas. Escritor profesional era aquel “que se dedica principalmente al trabajo literario, que publica libros con regularidad y que, aunque no intente vivir con sus ganancias de escritor, no de periodista, trata por lo menos de ayudarse con ellas” (Gálvez, 2002, 62). ¿Quién era para Gálvez el ejemplo de escritor profesional? Leopoldo Lugones, otro escritor nacido en provincia.

Si pensamos en el Centenario, se puede decir que para entonces en Buenos Aires se ha desarrollado ya una “república de las letras”, o, para hablar con el lenguaje de Pierre Bourdieu, un campo intelectual. En un excelente estudio que fue su tesis de doctorado, Verónica Delgado ha mostrado el activo papel de las revistas literarias –de *La Biblioteca* de Paul Groussac a *Nosotros* de Roberto Giusti y Alfredo Bianchi– en la gestación como ámbito social diferenciado –el de la gente de pluma–. Desde 1915 se va sumar a ese espacio de publicaciones de y para espíritus ilustrados la *Revista de Filosofía*, dirigida por José Ingenieros. Si hay que nombrar una figura sobresaliente en aquel medio intelectual de las primeras décadas del siglo XX elegiría igualmente, como Gálvez, la de Leopoldo Lugones. ¿Quién fue sino Lugones el mayor exponente del modernismo literario en la Argentina? Él también se había trasladado a la metrópoli para proseguir la carrera intelectual iniciada en Córdoba. El autor de las *Odas a los ganados y las mieses* no será quien descubra a Domingo F. Sarmiento ni a José Hernández, pero sí quien los inscriba en el canon fundador. “*Facundo y Recuerdos de provincia* son nuestra *Ilíada* y *Martín Fierro* nuestro romancero”, dirá en una conferencia de 1913 en el Teatro Odeón. En primera fila se hallaban el presidente Roque Sáenz Peña y su gabinete.



En la segunda década del siglo XX y de la mano de la llamada Nueva Escuela Histórica iba a producirse la profesionalización del trabajo historiográfico. Si el periodismo fue el principal apoyo en la profesionalización del escritor, en el caso del estudio del pasado esa nueva condición halló su respaldo en la docencia universitaria. La Universidad de Buenos Aires, más específicamente dos de sus casas, la Facultad de Derecho y la de Filosofía y Letras, estaban en el centro de esa mutación. Pero ahora la Facultad de Humanidades de la Universidad de la Plata era igualmente parte de la nueva práctica de la investigación histórica. En un artículo sobre la nueva escuela, Nora Pagano señaló que algunos de los apellidos del nuevo grupo de historiadores (Ravignani, Molinari) dejaban ver la metamorfosis que la inmigración había provocado en la sociedad nacional (Pagano, 2009). Una marca de la “Argentina aluvial”, según la conocida imagen de José Luis Romero.

Ya podemos volver a la pregunta: ¿todo escritor o todo historiador nacido en provincia es un autor de provincia? ¿Pero quién llamaría a Ibarguren, Lugones, o a Rojas, o a Gálvez, intelectuales de provincia? No creo que para esa cuestión haya una respuesta general. Quiero detenerme en este asunto valiéndome ahora de un ejemplo que ofrece la literatura de Corrientes, mi provincia. En 1946 apareció *Quietud poblana*, un libro de poemas de un buen poeta correntino, Carlos Gordiola Niella, a quien conocí y traté en mi juventud. ¿No era ése el título apropiado para evocar el ritmo de la vida en Corrientes, *Quietud poblana*? El hecho era, sin embargo, que el pueblo que rememoraba aquel libro no era el Corrientes, sino el de los pagos de Gordiola Niella –el pueblo de Caá Caty–. Cuando Beatriz Bragoni me invitó a participar de la reunión que concluye hoy, me puse tras la pista de ese libro del poeta comprovinciano. Así me enteré de que había sido publicado en Buenos Aires, editado por la Librería Perlado, que era también una editorial. Pero había más: el libro *Quietud poblana* recibió reseñas elogiosas en *La Nación* y en *La Prensa*, por entonces los dos diarios más prestigiosos de la capital del país. No voy a aventurarme en conjeturas sobre cómo pudo obtener para su primer libro ese aplauso el joven poeta del interior que era Gordiola Niella. Nada iba cambiar para el autor, de todos modos. Siguió escribiendo poemas y seguiría siendo tras aquellas chispas en Buenos Aires lo que se llama un escritor de provincia.



No fue esa la suerte de otro poeta correntino, David Martínez, nacido también en Caá Caty en 1921, es decir, sólo dos años después que Gordiola. Los dos poetas serían amigos. Martínez también dedicará a la evocación del terruño parte de su obra, aunque su ruta fue otra que la de su comprovinciano. Era todavía un adolescente cuando se radicó en Buenos Aires, donde va a hacer carrera en el campo de las letras. En la gran ciudad Martínez iba a ligarse al periodismo cultural, un terreno en que alcanzó reconocimiento como ensayista y crítico. Su sitio mayor fue el diario *La Nación*. Durante las décadas de 1940 y 1950 la de Martínez fue una de las plumas reconocidas en el ejercicio de la estimación literaria. En 1949 publicó una antología en que reunía y presentaba a los poetas de la generación del '40 bajo el título *Poesía argentina (1940-1949)*.

Martínez fue traductor de poesía y muchos de sus poemas y algunos de sus libros serían también traducidos a lenguas extranjeras. En vísperas del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, Ediciones Culturales Argentinas, una editorial pública que dependía de la Secretaría de Cultura de la Nación, le encomendó la preparación de una antología de la poesía argentina de 1930 a 1960. Al recurrir a la colaboración de David Martínez la casa editora no daba reconocimiento a un escritor de provincia, aunque no se ignorara que había nacido en Corrientes, sino a quien se consideraba dueño de un juicio competente en materia de poesía. Un prestigio que había alcanzado en la opinión cultivada de Buenos Aires.

Este paralelo de los dos poetas correntinos me proporcionó un esquema. Pero siempre hay algo o alguien que trastorna los esquemas. En este caso, es el poeta y ensayista entrerriano Carlos Mastronardi. Se ha dicho de él que cuando estaba en su pueblo, Guaqueguay, añoraba Buenos Aires, y que cuando estaba en la gran capital extrañaba Guaqueguay. La obra poética de Mastronardi no es extensa, pero sí muy estimada. Han sido muy apreciados también sus ensayos literarios y el relato de sus recuerdos, *Memorias de un provinciano*, donde el humor se entremezcla con la añoranza y la melancolía. Cuando en 1967 aparecieron esas memorias, publicadas por Ediciones Culturales Argentinas, Conrado Nalé Roxlo encabezó la presentación del libro con el título "Carlos Mastronardi, el provinciano universal". ¿No chocaban esos dos términos, provinciano y universal? Acaso era lo que Nalé Roxlo quería resaltar, la diversidad de



los dos mundos que integraban el universo del escritor entrerriano —el de la provincia, más particularmente, Gualaguay, por un lado; el mundo de la gran capital, Buenos Aires, por el otro—.

La ciudad porteña había aparecido muy pronto, cuando niño, en el horizonte de Mastronardi. “Interrumpían mis cursos escolares algunos viajes a Buenos Aires”, anota en sus memorias (Mastronardi, 1967, p. 27). A los veinte años se radicará en la metrópoli con el plan de estudiar derecho alentado por su padre, un proyecto de profesionalización que no tardará en abandonar arrastrado por la poesía, la bohemia y la vida nocturna. Hace amistad con Borges y se conecta con el grupo de la revista *Martín Fierro*, aunque se mantiene en lo que podríamos llamar la periferia de esa milicia literaria. Mastronardi, por otro lado, no deja de volver periódicamente a su pueblo. Debido a la enfermedad y la muerte de su padre se radicará en Gualaguay por varios años, hasta regresar nuevamente a la gran ciudad en 1937. Allí se incorpora a *El Diario* y publica *Conocimiento de la noche*. En fin, como dije, es difícil inscribir la personalidad intelectual de Mastronardi en el esquema que expuse antes sobre la distinción entre escritor provinciano y escritor nacido en provincia.

Para terminar, quiero hacer un último comentario con el propósito de subrayar el papel saliente de las universidades públicas del interior en la renovación de los estudios del pasado y de las representaciones del pasado en las provincias. Ya en los años 1956-1966 las universidades nacionales (algunas se crearon en aquel tiempo) fueron agentes de renovación en el campo de las ciencias humanas. Pero esas novedades no quedaron recluidas en el circuito tradicional de las universidades de Buenos Aires y La Plata. Habría también historia social en las universidades del Litoral y de Córdoba. Y en los primeros años sesenta, ¿quién hubiera decidido dónde era mejor estudiar la carrera de Letras: en la Universidad de Buenos Aires, en la de La Plata, ¿en la de Rosario o en la de Córdoba? Esto, por cierto, si nos referimos a las carreras de literatura. Ahora, si pensamos en sociología y en la investigación en ciencias sociales, ¿quién dudaría de que su puesto de avanzada se hallaba en Buenos Aires, no sólo por la carrera que llevaba ese



nombre en la Facultad de Filosofía y Letras, sino por la labor que se llevaba adelante en el Instituto Di Tella. Alejandro Blanco escribió sobre esto un estupendo trabajo¹

Esta breve alusión al papel innovador de las universidades nacionales del ciclo 1956-1966 no está destinada a alejarme del tema de las jornadas de estos días. Por el contrario, ha sido un modo de enlazar con hechos de estos años, cuando se registran en universidades nacionales del interior contribuciones renovadoras en el estudio de los grupos sociales ilustrados, de la cultura intelectual de provincias y de las representaciones locales del pasado. Voy a tomar como ejemplo el encuentro “Los otros intelectuales. Curas, maestros, intelectuales de pueblo, periodistas y autodidactas”, organizado en septiembre de 2012 por el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, cuya coordinación estuvo a cargo de la Dra. Flavia Fiorucci. Ya mencioné a una de esas estudiosas innovadoras, que está hoy entre nosotros, Ana Teresa Martínez, que enseña e investiga en la Universidad de Santiago del Estero. Ahora sólo quiero mencionar un libro de Ana Teresa del que todos sus lectores hemos aprendido: *Cultura, sociedad y poder en la Argentina. La modernización periférica de Santiago del Estero*, publicado en el 2013 por la editorial de la Universidad Nacional de Santiago del Estero.

La idea de periferia supone un centro respecto del cual la periferia se halla en posición subalterna, si no dependiente. La dicotomía procede del análisis económico, su empleo se extendió al análisis social –hay sociedades centrales y sociedades periféricas– y desde hace ya unos años su uso se ha extendido al análisis cultural en diferentes escalas, de la internacional a la nacional. Pero en las filas de estudiosos de la cultura argentina hay una disidencia respecto de la validez general de ese esquema, en primer término, para abordar e interpretar el lugar de Córdoba y su historia cultural, en particular el de su ciudad capital.

Estoy pensando en la visión historiográfica propuesta en diferentes escritos por Diego García y Ana Clarisa Agüero, que hoy se encuentra entre nosotros. La primera vez que expusieron su visión de Córdoba en el territorio de la cultura argentina fue en la

¹Alejandro Blanco, “El Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella y el proyecto de una ciencia social en sintonía con el mundo”, en Carlos Altamirano (coord.), *Aventuras de la cultura argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2024.



compilación de artículos que llevaba por título *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, que se publicó en La Plata en 1910.² Lo que está en el centro de esa visión y de la preocupación que la espolea es, principalmente, aunque no exclusivamente, la relación Córdoba/Buenos Aires en el espacio de la cultura argentina. ¿Cuál es el carácter de esa relación? Ninguna de las dos ciudades obra como centro o periferia de la otra. No dejan de estar, sin embargo, en continua relación –en contacto, para emplear el término que proponen los dos historiadores–. La tesis doctoral de Ana Clarisa, que se publicó en 2017 en la colección que Adrián Gorelik dirigía en la Universidad Nacional de Quilmes, está animada por esa perspectiva que es todo un programa de investigaciones.

Referencias bibliográficas

- Agüero, A. C.; García, D. (2010). *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de las culturas*, La Plata, Ediciones Al Margen.
- Bertoni, L. A. (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE.
- Blanco, A. (2024) “El Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella y el proyecto de una ciencia social en sintonía con el mundo”, en Carlos Altamirano (coord.), *Aventuras de la cultura argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Darío, R. (1977). “Palabras liminares”, *Prosas profanas y otros poemas (1896-1901)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Gálvez, M. (2002). *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*, Buenos Aires, Taurus.
- Ibarguren, C. (1955). *La historia que he vivido*. Buenos Aires: Peuser.
- Mastronardi, C. (1967). *Memorias de un provinciano*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.
- Pagano, N. (2009). “La Nueva Escuela Histórica”, en Fernando Devoto-Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

² Ana Clarisa Agüero-Diego García, *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de las culturas*, La Plata, Ediciones Al Margen, 1910.



Rojas, R. (1938). “Evocación de Emilio Becher”, en Emilio Becher, *Diálogos de las sombras y otras páginas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Argentina.

Teresa Martínez, A. (2013). “Intelectuales de provincia: entre lo local y lo periférico”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 17.

Notas

¹ Artículo recibido el 6 de octubre de 2025. Aprobado el 13 de octubre de 2025.